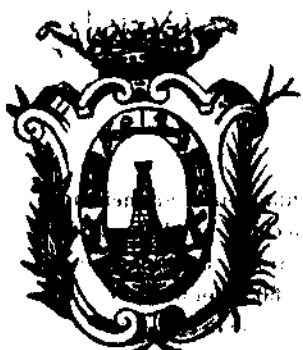




EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12281

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

LUNES 20 DE OCTUBRE DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Oumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.



LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL
COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL

37 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA —SEGUROS contra INCENDIOS.

Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑIA, Caballeros 15.

ERA DE ESPERAR

Lo que viene ocurriendo con los buques de la comprensión de este departamento tenía que lastimar sentimientos hondísimos y los ha lastimado. Prueba evidente es del daño que causa la desconsideración en que se tiene a Cartagena, la última parte de la sesión municipal del sábado.

Levantóse el Sr. Botí a solicitar del Ayuntamiento se fijase en la situación que crea a los tripulantes del «Vitoria» la extraña orden de que desarme dicho buque en el Ferrol, donde se encuentra, para que comenzase una manifestación acalorada, en la que nadie dijo una palabra en contra de lo que se solicitaba, sino que todas las opiniones fueron favorables a lo expuesto por el Sr. Botí. Desde el Alcalde hasta el último individuo del público que presenciaba la sesión, estaban interesados en que termine la desconsideración en que nos tienen las complacencias y los egoísmos.

El crucero «Vitoria» fué al Norte para escoltar al Rey en el caso de que se decidiera a visitar Galicia. Después tenía que volver a Cartagena para desarmar; pero se enamoraron de él los ferrolanos y allí se queda sin consideración a

que los tripulantes son de aquí y a las circunstancias en que van a encontrarse cientos de familias.

Se ha hecho eso en tantas ocasiones, sin que Cartagena manifestase su disgusto, que ya es cosa corriente contentar a los demás a nuestra costa; pero como toda regla tiene su excepción, ha llegado la ocasión de confirmar la regla.

Somos enemigos, muy enemigos de que los elementos que el país sostiene para su defensa, se traigan y se lleven de un lugar a otro para satisfacer intereses de localidades. El «Vitoria» ha ido al Norte en cumplimiento de un servicio y si éste durara y no volviera el buque en una docena de años, jamás reclamaríamos su vuelta. Pero no es así, va a desarmar, va a quedarse en Ferrol para compensar a este pueblo de la marcha del «Pelayo», y esto ya no es posible que se mire con indiferencia.

Como si eso no bastara, asegúrase también que el «Carlos V», que se encuentra en el puerto, tomara carbón y seguira la misma ruta que el «Vitoria», para rendir viaje donde aquello ha rendido: en Ferrol.

Comprendemos la indignación de que se sienten poseídos los concejales que trataron el sábado este asunto; comprendemos también el interés que el público tomaba en los acuerdos. ¿No ha de ser com-

preensible esa actitud si nosotros mismos experimentamos el disgusto de que daban pruebas el público y los concejales?

Con la conducta que se sigue con este departamento, se nos está enseñando una cosa que deseáramos olvidar: que para ser atendidos es necesario hacer lo que Ferrol y San Fernando: dolerlos a grito herido, al recibir un daño, y organizar manifestaciones imponentes.

Mal hace quien contenta a los unos con perjuicio de otros; porque sobre no ahorrarse los disgustos—y lo prueba bien el malestar de Cartagena por esta cuestión—contribuye a crear antagonismos entre regiones donde nunca los hubo.

Tarjetas Postales

A. J. D.—HABANA.

Señora: si por ventura es usted amable y bella, como lo son las mujeres que nacen en esta tierra, ¿quiere usted hacerme el obsequio, que agradeceré de veras, de mandarme su retrato a cambio de esta tarjeta? Es el capricho de un viejo que ha cumplido ya setenta.

A UN RICO COLECCIONISTA

De estos renglones al pie va la firma que apetece; cómo negaría podrá, si la he puesto muchas veces debajo de un pagaré.

Manuel del Palacio.

TIJERETAZOS

Leemos:

«El *Correio* publica cartas de importantes personalidades españolas, a las que

había consultado sobre la aproximación franco-española.

El Príncipe de Asturias dice estar obligado a una reserva absoluta; pero consigna con placer haber sido colmado de amabilidades en el curso de las últimas grandes maniobras.

Y como agradecido...

Pero no se trata ahora de eso, sino de conveniencias, que es cosa distinta.

Y esas nos llevan por diferente camino que el que va a París.

Además, recordamos el Pacto de Familia y... no lo podemos remediar, le hacemos la cruz.

Los boers están siendo aclamados en Europa.

De ellos dice un corresponsal desde Berlín:

«El recibimiento de que han sido objeto aquí los jefes boers ha sido indescriptible.

La muchedumbre les tributó un verdadero triunfo, acompañándoles hasta la fonda en cuyos balcones vieron obligados a salir.»

¡La muchedumbre!

La misma que los aclamaba cuando peleaban por la independencia del Transvaal.

Esa misma con el corazón y no con la boca como la diplomacia.

Y como en ella no encuentran los jefes boers lo que buscan, nadie se lo dará.

Dice un periódico:

«La prensa portuguesa examina el alcance del viaje del Rey de Portugal a Inglaterra.

¡El alcanos!

Hasta Londres; de allí no pasa el rey.

A LAS MANIOBRAS

A la hora marcada salieron ayer para las maniobras los regimientos de España y Sevilla. Aquel, que fué el primero que salió, formó en la plaza del Hospital, dirigiéndose seguidamente, y en orden de columna en operaciones, a los puntos que le estaban designados con anterioridad. El segundo salió de su cuartel encaminándose a las

afueras de las puertas de San José, donde hizo alto para dividirse en dos columnas. Una de ellas se encaminó a La Unión por el camino de la Hilada, que se bifurca luego en el de los Roches, llevando por delante la punta y avanzada y la retaguardia por detrás. La otra columna se dirigió al mismo punto que la primera por el camino que conduce directamente a dicha población.

La marcha de las tropas fué presenciada por numeroso público que se reunió en las calles para verlas pasar.

En la calle de S. Diego ocurrió un incidente.

Cuando desfilando de la calle del Ángel tomaban la antelación dicha para salir de la ciudad, tropezó en su camino con un pobre entuerto. El muerto era, a juzgar por el color de la caja azul, una joven doncella; llevábala cuatro hombres sobre los hombros y la acompañaban en su triste viaje diez personas.

Por rara coincidencia vino a darle escolta de honor al regimiento entero con música y banderas.

Según nuestras noticias, en los distintos puntos ocupados por las tropas han sido acogidas éstas con afectuoso interés.

En penzaba de lo que decíamos, diríamos lo que presenciáramos ayer tarde.

Entre las tres unidades se presentó un Belones un ciclista militar, buscando al alcalde para decirle que llegaba una compañía y era necesario alojarse.

D. Miguel Martínez, que así se llama nuestro amigo el pedáneo de aquel caserío, no perdió un momento y a los diez minutos de llegar los soldados, cada uno tenía alojamiento.

Nos complacemos en consignar así, porque la diligencia que puso aquel alcalde en el asunto, fué presenciada, oída y aplaudida por una numerosa comisión de mineros de esta población, que accidentalmente se encontraban en aquel caserío al llegar los soldados.

CURIOSIDADES

Psicología humana

«The Westminster Gazette», publica la siguiente psicología humana en las distintas fases de la vida del hombre.

Probad los Cognacs de HENRI GARNIER y C.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 128

129

ANNUCHKA

—¡Marchad!—repetí.—¿Cómo es eso? ¿A dónde van?

—Salieron esta mañana, a las seis, y no han dicho a dónde iban. Pero, ¿no es V. el señor N...?

—Sí.

—Pues bien; mi ama tiene una carta para V. Subió, y volvió con una carta en la mano.

—Tome V., aquí está.

—Debe haber algún error en esto, ¡es imposible!—balbuceé.

La criada me miró con aire estúpido, y se puso a barrer.

Abri la carta: era de Gaguine. ¡Ni un renglón de Annuchka!

Comenzaba rogándome que le dispensara por lo precipitado de la marcha, añadiendo que cuando recobrara yo la sangre fría, aprobaría sin duda su determinación. Esta era el único medio de salir de una situación difícil y que pudiera llegar a ser peligrosa.

«Ayer noche, mientras esperábamos silenciosos a Annuchka, me confirmé en la necesidad de una separación. Hay preocupaciones que respeto: comprendo que V. no pueda casarse con ello. Todo me lo ha congado; y por la tranquilidad suya, he tenido que ceder ante sus apremios suplicas.»

Al final de la carta manifestaba el pesar que sentía

al romper tan pronto nuestra amistosas relaciones; luego hacía votos por mi ventura, me estrechaba la mano y me pedía por favor que no intentase reunir-me con ellos.

—¡Con qué cuestión de preocupaciones!—exclamé como si pudiera oírme...—¡Necedades! ¿Con qué derecho me la puede arrebatar?

Me agarré la cabeza con desesperación.

Habiéndome puesto la criada a llamar a gritos a su ama, su espanto me hizo entrar en razón. Me sentí dominado por una sola idea: ¡encontrarlos, encontrarlos a todo precio! ¡Soportar semejante golpe, resignarse con un desenlace de ese género, era en verdad superior a mis fuerzas! Por la patrona supe que habían partido a las seis de la mañana para bajar por el Rhin en un barco de vapor. Me encamé al despaño y me dijeron que habían tomado billetes para Colonia. Volví a casa para empaquetar mis efectos y seguir inmediatamente la pista.

Cuando pasaba por delante de la casa de doña Luisa, el que me llamaban. Alcé la cabeza y vi a la viuda del alcalde asomada a la ventana donde la vipe-ra había yo visto a Annuchka. En sus labios vagaba una sonrisa cargada que la caracterizaba. Me llamé por señas. La volví la espalda y me disponía a seguir adelante, pero me dijo a voz en grito que tenía que entregarme una cosa; estas palabras me detuvieron